



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LAS DAMAS DE KIMOTO

SAWAKO ARIYOSHI

TRADUCCIÓN DE MAKIKO SESE Y DANIEL VILLA



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2022

TÍTULO ORIGINAL: *Kinokawa*

© Sawako Ariyoshi, 1959

First published in Japan in 1959 by Chuokoronsha, Tokyo.

Spanish translation rights arranged with Tamao Ariyoshi
through Japan Foreign-Rights Centre / Ute Körner Literary Agent, S.L.U.

© de la traducción, Makiko Sese y Daniel Villa, 2022

© Errata naturae editores, 2022

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-12-3

DEPÓSITO LEGAL: M-18658-2022

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: © Kimiko Yoshida, *La Mariée japonaise*

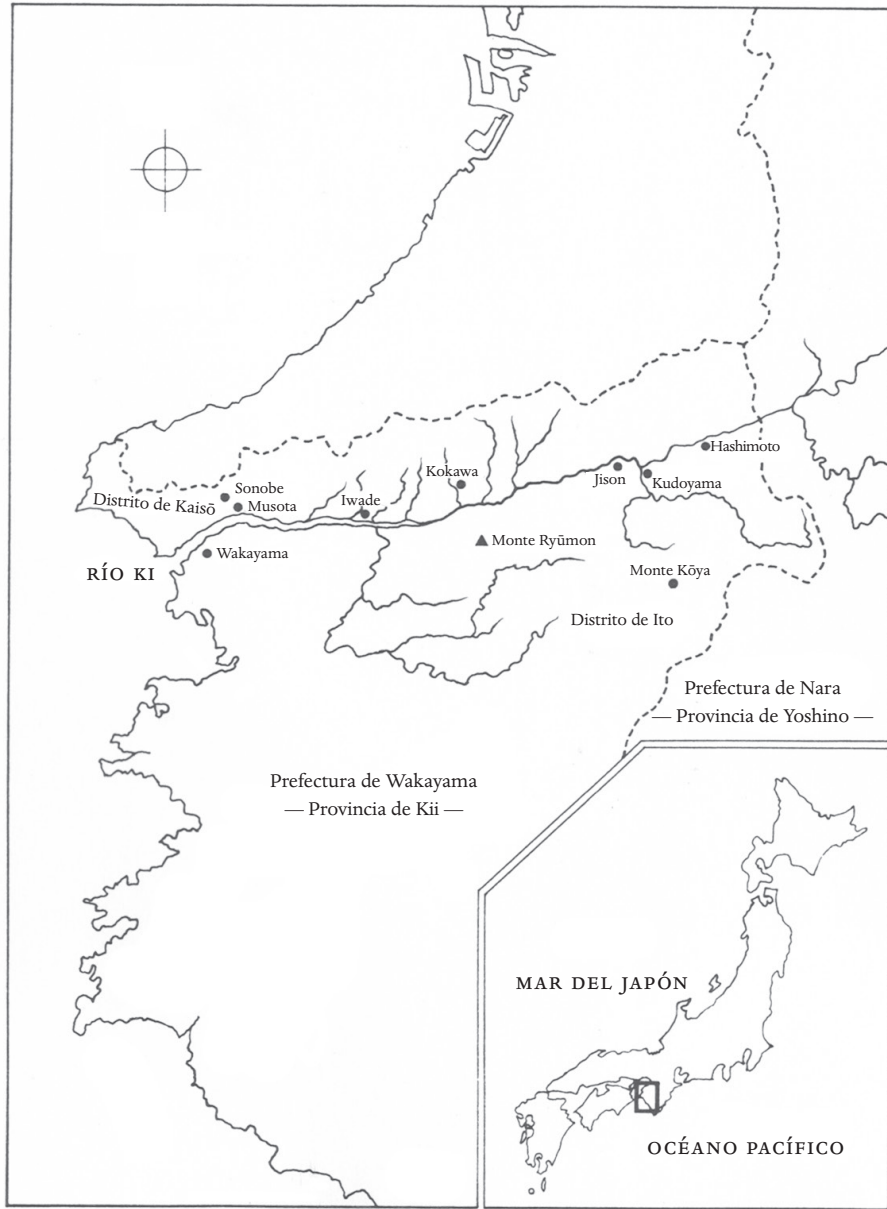
MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

PRIMERA PARTE	9
SEGUNDA PARTE	127
TERCERA PARTE	241

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.



PRIMERA PARTE

Uno a uno, con calma pero con decisión, Toyono iba subiendo los peldaños de piedra de la mano de su nieta. Estaba a punto de cumplir setenta y seis años y, retomando una costumbre que había abandonado hacía tiempo, tres días antes había llamado a una peluquera de la ciudad de Wakayama: el voluminoso recogido, bastante llamativo para su edad, le dejaba despejadas tanto las sienes como la nuca. A pesar de que su cabello se había transformado en una abundante melena blanca, no había perdido el brillo ni la belleza de antaño. Toyono había alcanzado una edad en la que necesitaba apoyarse en alguien para subir las escaleras y, sin embargo, parecía ser ella quien estuviera ayudando a Hana. Para esta solemne ocasión, había elegido dos kimonos estampados con pequeños motivos regulares. Había una causa para el aspecto cuidado e imponente de la *ōgotsan*¹ de Kimoto: ese mismo día Hana abandonaría para siempre el hogar familiar para casarse.

Durante el inicio de la primavera, Kudoyama amanecía aún cubierta por la bruma. Sintiendo la fuerza con que su abuela se agarraba a su mano izquierda, Hana subió los últimos escalones en silencio. Se había peinado al estilo *takashimada* —el tradicional moño alto de las novias— y, a pesar del perfumado maquillaje blanco,

¹ En castellano, «la gran dama o señora». (Todas las notas son de los traductores).

un leve rubor teñía sus mejillas. Llevaba un kimono de manga larga de crepé púrpura claro y el cairel de metal del bolsito que llevaba entre los pliegues emitía un ligero tintineo. Hana estaba tan nerviosa que todo su cuerpo vibraba con aquel sutil sonido. La presión de la mano de Toyono le recordaba que en cuanto contrajera matrimonio dejaría de ser miembro de la casa Kimoto y, de algún modo, le transmitía también la tristeza que pesaba en el corazón de su abuela por tener que dejarla ir.

El monje del templo Jison, que las esperaba de pie ante la sala consagrada a Miroku, se inclinó con deferencia ante la *ōgotsan*, que además era conocida por sus generosas donaciones al templo. No vestía la toga sacerdotal, pues la víspera, cuando fueron a avisarle de su visita, le habían advertido que no acudían para el ritual de los sutras.

—Bienvenidas. Me gustaría darles mi más sincera enhorabuena en este feliz día —dijo nada más verlas.

—Se lo agradezco. Y le pido disculpas por haber venido tan temprano —respondió Toyono cortésmente.

Tras explicarles que había dejado la sala de oración abierta y que si necesitaban algo le avisaran con unas palmadas, el monje desapareció en la residencia norte, dejando a las dos mujeres a solas, tal y como la anciana había solicitado en su mensaje del día anterior.

Toyono se despidió y se giró despacio hacia su nieta. Tuvo que levantar la cabeza para mirarla, pues la joven era bastante más alta que ella. Sin disimular su orgullo,

la condujo hasta la entrada de la sala Miroku, donde se veneraba a la madre del maestro Kōbō².

—A las mujeres no se nos permite subir al monte Kōya, pero sí entrar aquí, al templo Jison. Por eso se le llama el Kōya femenino. ¿Lo sabías, Hana?

—Sí, abuela.

—¿Y conoces la historia que cuenta que el gran maestro se le apareció en sueños al santo monje Kishin para decirle que era mejor que se inclinara nueve veces ante su madre que diez ante él?

—No en detalle.

—Si un sabio como Kōbō profesaba ese enorme respeto por su madre, no veo por qué cualquier mujer habría de conformarse con menos.

—Tiene razón, abuela.

Toyono juntó las manos y cerró los ojos para meditar en silencio. Hana iba a imitarla cuando un montón de bultos, colgados de la columna que se encontraba ante el altar, llamaron su atención. Se trataba de unas bolas de algodón recubiertas con una fina tela de seda con varios pliegues en el centro que le conferían forma de pezón. Eran las ofrendas que se realizaban en el altar donde se veneraba a la madre del maestro Kōbō y al bodhisattva Miroku para pedir un alumbramiento feliz, abundancia de leche materna y una buena crianza. En la parte superior de la columna había incontables exvotos; desde algunos

² Célebre monje budista del siglo VIII, funcionario público, erudito, poeta, artista y fundador de la escuela Shingon. En el año 819, comenzó la construcción de un gran templo en el monte Kōya para que sirviera de centro de propagación de esta fe.

a tamaño real hasta miniaturas que medirían apenas tres centímetros. Sólo unos pocos, de una blancura llamativa, parecían recientes; los demás estaban ennegrecidos a causa del viento y la lluvia. Aunque Hana los había contemplado muchas veces, aquel día se dejó llevar por el pensamiento de que en un futuro cercano ella misma colgaría una de aquellas ofrendas, como ya hicieron antes Toyono y la madre de Hana cuando se quedó embarazada varias décadas atrás.

Hana, que había estudiado en el instituto femenino de Wakayama, donde le habían inculcado el código moral confuciano para las mujeres, el *Onna Daigaku*, consideraba que el sentido del matrimonio y uno de los roles de la mujer era asegurar la descendencia del linaje del marido. Era normal que su abuela, que se había hecho cargo de ella cuando su madre falleció debido a ciertas complicaciones en el parto, hubiera querido que visitasen el templo el día de su boda. Hana cerró los ojos para meditar, pero, siendo todavía virgen como era, no tenía aún plegarias que formular ante ese altar dedicado a las mujeres embarazadas. Sólo quería acompañar a Toyono, estar junto a ella.

—El monje nos ha hecho el favor de abrir, ¿por qué no vamos?

—Vamos.

Subieron hasta la sala de oración y se sentaron en el tatami extendido ante el altar, flanqueado por una pintura del gran maestro en la parte derecha y otra dedicada a su madre en la izquierda; se decía que eran obra del

mismísimo Kōbō. Su autorretrato representaba una imagen de su reflejo en la superficie de un estanque en la época en que se había retirado al monte Kōya para dedicarse a la oración. La otra era un mandala que había dibujado para que su madre y señora alcanzara la iluminación, ya que, tras su muerte, ésta se le había aparecido en un sueño místico encarnada en el bodhisattva Miroku. Como la mayor parte de lo que sabía, Hana había aprendido esta historia de Toyono.

—Creo que ya te lo he enseñado todo —dijo la anciana tras terminar con su ritual en voz baja, casi susurrante—: Cuidate.

—Sí, abuela.

—Vas a formar parte de una familia que vive lejos, y he de asumir que ya no te veré con tanta frecuencia, así que quería que estuviéramos a solas por última vez, aunque no tuviera nada nuevo que contarte. Por eso te pedí que me acompañaras.

Tal vez el tono distante, elegante y cortés, de la abuela, muy diferente del que había empleado hasta entonces con ella, fuera una muestra de que ya la consideraba de otra casa, pero también se advertía en él la tristeza de Toyono, que presentía su terrible soledad al separarse de la nieta a la que había criado con tanto cariño. Hana, consciente de ese sentimiento, guardaba silencio.

Su abuela la quería tanto que jamás había consentido separarse de ella. «Ni su hijo Nobutaka san ni su nieto Masataka san son de su agrado. Sólo le importa su nieta. Si sigue así, tal vez podría adoptarle un novio y obligarle a

formar una nueva familia». Ése era el rumor que circulaba entre sus vecinos.

Toyono se había incluso trasladado a Wakayama durante un par de años con el fin de que Hana cursara allí sus estudios superiores, algo excepcional entre las jóvenes de la época. La joven se había beneficiado de los mismos privilegios que su hermano Masataka. Por eso todos pensaban que la *ōgotsan* acabaría buscando un novio para su nieta y le haría adoptar el apellido de la familia Kimoto. «Si no, ¿por qué la obliga a estudiar?», se preguntaban. «Ella misma tuvo casa propia y, en su momento, su familia le adoptó un marido. ¿Hará lo mismo con la señorita? ¿Elegirá para ella al mejor partido de los tres reinos? Así debería ser, pues la señorita de Kimoto es hermosa, inteligente y tiene un carácter impecable...». Todos asentían. Era evidente que a Toyono no le faltaban razones para hacerlo. Mio, la madre de Hana, que vivía con su suegra y había muerto joven, se comportó siempre con ella de manera sumisa y discreta. «No quiero que Hana siga los pasos de Mio». Toyono, en cambio, era hija única, y sus padres le habían ofrecido todas las posibilidades que estaban en su mano, y quiso que Hana recibiera esa misma educación para que le resultara más fácil alcanzar una vida plena. Hana, además, llamaba la atención por su gran belleza. Era como si, haciendo honor a su nombre, el prestigioso linaje de los Kimoto hubiera florecido con ella³. Hana, en efecto, siguió los pasos de su abuela y se convirtió en la mujer que ésta había deseado.

³ En japonés, la palabra *hana* significa «flor».

Perfeccionó el arte de la ceremonia del té, era diestra en caligrafía y obtuvo también un título que le permitía impartir clases de *koto*⁴. Toyono le había enseñado modales, protocolo y el arte de la conversación. Con ese apellido y todas aquellas virtudes era de esperar que surgieran infinidad de pretendientes. Y, por supuesto, recibieron miles de propuestas de matrimonio tanto de Kudoyama, donde vivían los Kimoto, como del pueblo aledaño al templo Jison y de algunas otras localidades que habían pertenecido al antiguo territorio feudal de Kanshōbunoshō.

Sin embargo, hasta entonces, Toyono las había ido rechazando una a una. Tampoco sugirió nunca que el marido de Hana adoptara su apellido para crear así una nueva rama familiar. Aun así, cada vez que les llegaba una nueva proposición, la rebatía con cualquier excusa, la mayor parte de las veces alegando que procedían de rangos inferiores. La casa Ōsawa, una familia tradicional de renombre de Jison, que albergaba la antigua oficina administrativa del monte Kōya, le ofreció a su segundo hijo. Toyono, por supuesto, no lo encontró razonable: era la familia con la que se había casado su hermana menor, de modo que los supuestos futuros novios serían primos y, por tanto, los lazos de sangre, estrechos. Nobutaka, a pesar de ser el señor de la casa Kimoto, era una persona tranquila que respetaba mucho a sus ancestros. Así pues, no tuvo el valor de oponerse a la objeción de su madre, ni tampoco de preguntarle si tenía la intención de adoptar un marido para Hana.

⁴ Un instrumento de cuerda horizontal que se toca sentado.